

Julien Benda

DIEZ DÍAS EN ESPAÑA

Ce Soir, París (20 de julio de 1937), pp. 1 y 3

¿Acaso me ha sido dado escuchar por segunda vez en mi vida como en la noche del 14 de julio de 1918 en París, el principio de una ofensiva que será la liberación de una gran República?

2 de julio

Salida de Port-Bou a Barcelona. Nos enteramos de que, mientras comíamos en Port-Bou, ha sido atacado el puerto.

Cada diez o quince kilómetros unos soldados, con bayoneta calada, verifican nuestros papeles; algunos eran niños que no parecían tener más de quince años. Sin embargo, no eran los menos decididos.

Gerona. Muchos inmuebles destruidos. Se nos ha hecho visitar un museo en donde la municipalidad ha reunido, a pesar de que el populacho exasperado quería que se destruyesen, admirables cuadros y ornamentos de iglesia pertenecientes a la catedral; han formado también una biblioteca pública de libros antiguos y muy valiosos, encontrados en las casas de algunos particulares que huyeron.

Llegada por la noche a Barcelona.

3 de julio

Paseo por la ciudad. Vida normal. Tranvías repletos.

Llegada por la noche a Valencia: todos los lugares públicos están cerrados, las hogueras apagadas. Pero, ya avanzada la noche, escuché desde mi lecho movimiento en la calle, música, cantos, aplausos.

4 de julio

Apertura del Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura. La sesión tuvo lugar en el Ayuntamiento, cuya escalera central presenta las huellas de un fuerte ataque.

El jefe del gobierno presidió la reunión. El señor Negrín, hombre joven cuya persona respira actividad y buen sentido, ausencia de romanticismo y serena visión de la realidad. En unas cuantas palabras, que commueven profundamente a la asamblea, agradeció nuestra asistencia, que él consideraba como apoyo a la causa de la República.

Se aplaudió al ministro de Asuntos Exteriores, el señor Giral, quien apostrofó a los fascistas y a todos aquellos particulares u hombres públicos que, bajo el pretexto de imparcialidad, hacen el juego al fascismo. El orden del día me dio la palabra. Desde que me puse en pie fui aclamado por la asamblea,

no en homenaje a mi humilde personalidad literaria, sino por ser representante de la Francia revolucionaria. Declaré que estábamos en Valencia por intereses profesionales, ya que la República española defendía los derechos del hombre, es decir, los del espíritu. Mientras que la consigna de nuestros adversarios, según ellos mismos confesaban, era la de aniquilar esos derechos. Estas palabras, aparentemente, enardecieron a la concurrencia.

Gran banquete en un salón desde donde se dominaba la playa. Centenares de bañistas, hombres y mujeres, sobre la arena o en el mar. Piruetas, baños de sol, carreras de niños. ¡Y los cañones estaban enfrente! Por momentos me sentí en Dieppe o en Royan.

Segunda sesión del Congreso. Un orador español desencadenó una tempestad de aplausos al declarar que debíamos alegrarnos de que la insurrección de Franco no haya sido aplastada en unos cuantos días, pues entonces la España republicana hubiese vuelto a caer en un caos que hubiera servido para justificar a los rebeldes, en tanto que así, la República saldrá ilesa y disciplinada de esta terrible prueba; organizada ya y segura de su larga existencia futura.

Lunes, 5

A las cuatro de la madrugada hubo un bombardeo violento. Durante el desayuno se nos informó de que los aviones rebeldes, no habiendo podido pasar sobre la ciudad, lanzaron sus bombas sobre los aledaños. Hubo un muerto y algunos heridos.

En la casa de enfrente, los postigos medio cerrados, una mujer hacía la limpieza. Una muchacha joven escribía. Sobre el tejado algunos albañiles trabajaban manipulando cuerdas y poleas.

Nuestros equipajes se habían extraviado. Hacía dos días que no me afeitaba. Pensé en esa joven capitalina de la Débacle a quien escuché, en su lecho de muerte, decir a su enfermera: «Señora, quisiera morir con las manos limpias». Aunque en verdad no he creído, ni por un instante, estar próximo a la muerte.

Salida a Madrid. Nos detuvimos en un pueblecito en donde, en la alcaldía, se nos ofreció un refrigerio. Apenas habíamos salido de los autos, nos rodearon aclamándonos un centenar de mujeres. La mayor parte de ellas llevaban a sus hijos en brazos. Sus maridos fueron masacrados en Badajoz. Se podía leer en sus ojos, a través de sus lágrimas, una fe inmensa en la causa y una decidida voluntad de vengar al ausente, de comentar su sacrificio. Pensé entonces en la Muerte del lobo: «Sin sus dos lobeznos, la bella y sombría viuda no le hubiese dejado padecer solo la gran prueba».

Hace falta que los pequeños lobos sean educados en el odio al asesino, y, en efecto, durante la comida, cientos de niños rodearon la alcaldía entonando el himno antifascista. Después de nuestra partida, acompañaron largamente a la comitiva, toda-vía cantando, y el fervor y la resolución bastaban para avalar el buen éxito de esa guerra.

Dudo que los niños de nuestros adversarios ofrecieran tales espectáculos de aliento y de generosidad. El orden es un culto sombrío. Su tradición es Felipe II y El Escorial.

Llegada a Madrid. Población admirable por su naturalidad ante la vida, su menosprecio al peligro, su ausencia de fanfarronería.

Martes, 6

Desayuno en la Residencia de Estudiantes. Recordé que hacía pocos años había pronunciado una conferencia en ese local y ante un auditorio ultraelegante, algo así como nuestros Anales, que por ahora debe de estar huido o bajo el protectorado de los ejércitos extranjeros, como nuestros emigrados de 1792. Los verdaderos patriotas de España podrán ser definitivamente dueños de su país como lo fueron los nuestros.

Cinco de la tarde. Sesión del Congreso. La mesa de la presidencia estaba rodeada de hombres de guerra. Música militar. La delegación de los empleados del Metro emocionó vivamente a la asamblea, después los empleados de los almacenes: sabiéndose engranajes esenciales de la vida normal de una ciudad, consideraron cuestión de honor permanecer en sus puestos bajo los obuses del enemigo para que Madrid diera al mundo el imponente espectáculo de sangre fría con el que ha impresionado a sus mismos enemigos.

Diez de la noche. Banquete presidido por el delegado del Ministerio de Instrucción Pública. Me contó todo lo que se ha hecho, y con gran rapidez, para que los niños, a pesar de la guerra, pudieran seguir los cursos escolares. Esa preocupación de mantener la instrucción de la niñez desde los inicios de la lucha me pareció una cosa única en la historia de las revoluciones. Se escuchaban los cañonazos de la ofensiva gubernamental. ¿Me había sido dado por segunda vez en la vida escuchar, como el 14 de julio de 1918 en París, el principio de una ofensiva que será la liberación de una gran República? Se anunció la toma de Brunete, punto estratégico de suma importancia. Grupos de convoyes que iban creciendo entonaban canciones españolas sobre las que inventaban letras revolucionarias. Las mujeres jóvenes eran las más ardientes.

Desde media noche hasta las dos de la mañana hubo un violento bombardeo. El enemigo se vengaba por la toma de Brunete.

Miércoles, 7

Recepción por las Brigadas Internacionales. Coroneles de veinte años. Como Boche, Desaix, Marceau.

Visita a una iglesia en donde se han puesto a resguardo e inventariado millares de objetos de arte que pertenecían a fascistas que han huido. Preguntamos si les serán devueltos o si se hará un Museo Nacional. Nuestro anfitrión temía que lo primero no fuera muy revolucionario.

8-13 de julio

De regreso a Francia. En Barcelona, el presidente de la Generalitat catalana, el señor Companys, pronunció unas palabras cuya sobriedad y resolución conmovieron profundamente a la asamblea. Cada día nos enterábamos de que la ofensiva hacía progresos. La población se alegraba, pero permanecía grave. Sabían que el fin de sus pruebas no llegaría al día siguiente. Lo aceptaban. Los dejé con el sentimiento de que ellos habían retomado la frase de Foch sobre nuestra guerra, dos años antes de haberla ganado: larga, dura, segura.

Aznar Soler, M. (Ed.). (2018). *Segundo Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura (València-Madrid-Barcelona-París): Actas, discursos, memorias, testimonios, textos marginales y apéndices*. Ed. Alfons el Magnànim.

pp. 552-555